

Sólo quería un besito

Filiberto García

No sé, únicamente quería darle besitos en la boca, para eso pagué, para que se dejara mimar y manosear como yo quisiera. Ella no lo entendió así, pero hubiera sido tan fácil que cerrara los ojitos cuando me acercaba y agitara la respiración como si en realidad sintiera algo de excitación al tenerme cerca. Sí, ya sé, no estoy ciego, el espejo me grita por las mañanas que estoy feo, pero no fue culpa mía que la viruela me dejara la piel cacariza desde chico, ni tampoco que tenga que ganar el dinero mandando a los jornaleros bajo el sol del campo, además, a esa india no la quería para que fuera la señora de la casa, la necesitaba para saciar las ganas que me seguían de un lado a otro desde hace tiempo.

Mi esposa me tiene en cuarentena desde aquella vez que aparecí en los noticieros locales por supuestas faltas a la moral. Llegaron los reporterillos y me balconearon. Les ofrecí una mordida muy buena, se negaron y dijeron que la prensa no se vende. Quedé muy enojado, no entendía qué importancia tenía para los demás echarme una canita al aire dentro del carro frente al parque que está por la calle Revolución. Esa noche, cuando me encontré con Lola, juró que me cortaría el único atractivo que tengo en cuanto me quedara dormido si volvía a enterarse que andaba de libertino.

Aguanté mucho tiempo, casi tres semanas y hasta dejé de frecuentar mis congales favoritos, por eso empecé a buscarle por esas loncherías piojosas que están a las orillas de la ciudad. A mí el dinero me sobra y no había necesidad de que arriesgara el cuerpo al contraer algún mal con esas putillas, pero qué le iba a hacer, era la única vereda que me dejaron sin trabas.

Pocas eran las loncherías decentes, en muchas sólo había gordas que se movían entre las mesas y dejaban caricias a los clientes a su paso. Para calmar el deseo de probar cosas nuevas estaban bien, sin embargo, para situaciones apasionadas no me parecían antojables.

No sé por qué entré a esa lonchería, ni siquiera recuerdo el nombre, bastó con ver las cortinas descoloridas y el piso de tierra, húmedo todavía, para saber que no era de mi nivel. Llamé a la encargada y pedí cualquier cosa que tuviera manos y oídos, necesitaba que alguien me escuchara y me diera caricias para despertar el ánimo. Se acercó la dueña, vio por instantes mi porte y, sin darme explicación, se marchó. Al regresar, llevaba del brazo a una indita muy linda con los ojos llorosos y las piernas bien proporcionadas.

Era muy chica, pero a poco usted llega a los congales y pide la credencial de elector de todas las que trabajan ahí, no sabía que tenía diecisiete años, de veras que se veía más grande, para qué le hago al loco, si la verdad traía muchas ansias de querer a alguien y de haberlo sabido no hubiera hecho caso, hubiera pagado hasta el doble para tenerla sentadita sobre mis piernas.

La idea de enterrarle el cuchillo vino después. No crea usted que no se siente feo que lo desprecien a uno con el fajo grueso de billetes, si usted está jodido se pasa, todavía queda el desahogo de que no lo quisieron por muerto de hambre, pero si trae con qué pagar, eso cala. Yo le hacía aire con los billetes a la chiquilla, se los movía de lado a lado y ella subida en su macho, buscando la forma de hacer polvo a mis arrumacos.

A mí no me quitan de la cabeza que la culpa la tuvo su madre porque ella la puso frente a mí, yo sólo quería alguien para conversar, pero me la aprontó a la mesa donde tomaba y como uno es conocedor de mundo, amante de las cosas buenas, no pude despreciarla. La vieja se paró frente a mí con las dos chichis que parecían bolsas de agua bajo la blusa blanca y dijo:

—Casi nueva, patrón; pa' usted solito, pa' que no vaya por la vida contando las penas pudiéndolas aliviar de otra forma. —Yo que andaba apurado le miré el cuerpo hermosito, desde los trapos feos llenos de flores, hasta los ojitos cafés que tenían el brillo de la mujer inexperta.

Ella se puso rejega, tosía con el humo del habano y se negaba a tomar si le aprontaba caballitos de tequila. Fue en ese momento que pregunté si le gustaba mi porte. Ella hizo gestos como si tragara jugo de limón agrio; entonces me prendí, pero no hice ni dije nada; la jalé a mi lado y la obligué a que plantara muchos besitos en la boca de un servidor, su piel era suave, parecida a la de mi señora cuando me la llevé a la casa por la fuerza.

Así pasé toda la tarde, bebiendo y obligándola a que repegara sus labios bonitos contra mi facha horrible, pero iba a pagar bien, como para que no trabajara en meses. Pedí a la supuesta mamá de la chamaca —porque luego me di cuenta de que ni parentesco tenían— que trajera al mariachi, le di billetes, se fue contenta, con la gracia de la típica meretriz de congal barato, moviendo las nalgas de izquierda a derecha con la intención de cautivar miradas.

De ratito llegó con ellos y empezaron a tocar las canciones que me gustan, claro, puras de José Alfredo. Llevé a la muchachita a bailar,

allí sentí los pechos tiernecitos y las formas todavía de chiquilla. La empecé a manosear; ella se libró de mis brazos y corrió por el congal tirando sillas y mesas, mientras la «madre» gritaba que se regresara de inmediato. Yo seguía medio borracho y no podía corretearla.

Ordené a los mariachis que se callaran y la detuvieran. Ella se fue a esconder tras el trompetista, que no se movió. El chamaco era bien parecido y me empezó a dar envidia; cómo iba a preferir al chaval que no le haría caso porque ella era una puta y jamás dejaría de serlo. Me pregunté por qué no hacía bien su chamba, cansaba al cliente y nos olvidamos de teatritos.

La agarré del hombro y la jaloné, pero ella gritaba al chamaco:

—No deje que me lleve, joven, no deje que me lleve este viejo mugroso.

En ese momento sí me dio coraje y no me importaron las consecuencias. Traía perfume de marca, recién bañado, con el traje de pasear y la corbata de moño que me sienta muy bien. No estaba dispuesto a permitirle esas palabras ni a ella ni a cualquier otra, así que saqué el cuchillo y no dudé en enterrárselo. Estoy seguro de que en este momento estaría muerta si los mariachis no me hubieran sacudido a golpes. El muchacho, al que se le arrodilló, me empujó; del aventón solté el cuchillo y los demás se me echaron encima, sólo oí cómo tronó la guitarra en mi cabeza.

Al recobrar el conocimiento ya estaba aquí, doctor. Siento como si el cráneo se me hubiera esponjado, eso merezco por buscar a chamaquitas y de pilón indias, si ya tengo a mis queridas de planta, gallinas viejas que hacen buen caldo, hembras que pueden besarme con los ojos cerrados para que yo entienda que soy bien amado y para que ellas no sientan asco. Lo único que sí pido de favor es que le diga a mi Lola que me atropelló el pendejo de una camioneta. Al Ministerio Público, a ese... a ese si quiere dígame la verdad, al fin de cuentas traigo con qué comprar su silencio si me viene con el cuento de que la ley es primero.